

provocar á los enemigos de aquella ó atraerse los odios
de los que prueban la avaricia. He procurado no lie-
rar las susceptibilidades de ninguno, y seguir mi rumbo
sin tocar los escollos que erizan el mar proceloso en
que me ha tocado navegar. Si no lo he conseguido, me
alienta al menos la esperanza de que el sacrificio que
he ofrecido por el alma del mártir del principio de su
terribidad, haya sido grato al Padre de las Misericordias.
Réstame como Obispo, regar con agua lustral el ter-
ro del hombre de Estado á quien debetis y prestas
eis obediencia, obispanos de la Colonia Española,
y como particular, ofrecer humilde corona al que lució
jefe en una, mi respetado colega en otra, de las letras
Académias á que tengo la honra imprecada de pertene-
cer.



Elle...

PANEGÍRICO

DE NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES, PRONUNCIADO EN EL
SANTUARIO DE GUADALUPE DE SAN LUIS POTOSÍ,
EL 24 DE SEPTIEMBRE DE 1897.



LA vida es la memoria humana cuando se
mata de recordar antiguas bendiciones. A los
favores recibidos ayer se olvidan con facilidad
facilidad, y los que hoy hay en el mundo, se olvidan
por completo. La generación presente, al tratar
de recordar los hechos de sus mayores, encuentra á menudo
en nuestra memoria los apellidos de los hijos de
Nuestra Señora de la Merced en el Nuevo
Mundo, su abstracción en los siglos pasados, cuando
y en sus pechos se yacían y se redaban matu-

PANEGÍRICO

De Nuestra Señora de las Mercedes, Patrona de la
República de Guatemala de San Luis Toral
el 24 de Septiembre de 1897



*Si oblitus fuero tui, Jerusalem, oblivio-
ni detur dextera mea: adhæreat lingua
mea faucibus meis, si non meminero tui.*

¡Oh amada Jerusalén! Si de tí me olvida-
re, á olvido sea entregada mi derecha: pé-
guese mi lengua al paladar si no me acordare de tí.

Ps. CXXXVI, 5, 6.

PRÁGIL cosa es la memoria humana cuando se trata de recordar antiguos beneficios. Aun los favores recibidos ayer, se olvidan con increíble facilidad; y los que hayan de nacer mañana, ignorarán por completo lo que la generación presente habrá trabajado en provecho de sus pósteros. Empiezan á borrarse de nuestra memoria los apostólicos trabajos de los ínclitos hijos de Nuestra Señora de la Merced en el Nuevo Mundo; su abnegación en los siglos pasados, cuando moros y cristianos peleaban con furor y se reducían mutua-

mente á duro cautiverio, nos parece ahora leyenda ó mito; y de sus últimos sudores entre nosotros casi ya no queda ni rastro.

¿Quién de la generación presente puede decir con exactitud *aquí estuvo el Convento, aquí la Iglesia* de los Mercenarios? Yo de seguro no lo sé. Cuando vine á regir esta diócesi ya no quedaba huella de uno ni de otra; pero sí recuerdo los hábitos blancos de tres de los antiguos Padres que vinieron á darme la bienvenida. Aún resuenan en mis oídos las palabras de su venerable Comendador, quien aludiendo á las frases que acababa de pronunciar el nuevo Obispo, ofreciendo protección á los "venerandos restos del clero regular," me decía: "Al quedarnos sin casa ni hogar, vuestro Predecesor nos dió hospitalidad en el Santuario de Guadalupe. Esperamos que no negaréis igual asilo á la imagen querida de nuestra augusta Patrona y á sus últimos guardadores."—*Lo tendréis*, respondí solemnemente, y cumplí como caballero y como Prelado. Aquí moraron los Mercenarios hasta que se fueron extinguiendo uno tras otro. Aquí venía yo año tras año á celebrar la fiesta de Nuestra Señora de las Mercedes, y á escuchar atento el panegírico que, sin faltar una vez sola, tejía el entusiasta Comendador, en quien se encerraba en los últimos tiempos toda la venerable comunidad.

¡Oh familia gloriosa de Nuestra Señora de las Mercedes, tipo y reflejo en este mundo de la celestial Jerusalén! Si de tus pasadas glorias me olvidare; si dejare de tenerte presente en mis cánticos y en mis panegíricos, pierda mi diestra el movimiento; y péguese á las fauces mi ingrata lengua, si rehusare entonar tus alabanzas. *Si*

oblitus fuero tui, Jerusalem, oblivioni detur dextera mea: adhæreat lingua mea faucibus meis, si non meminero tui.

¡Ah! Todo lo tengo presente en mi memoria. El fuego del último Comendador de esta familia al relatar el número de cautivos redimidos por el Orden. Las fiestas solemnes, en otro tiempo, en el risueño Convento que se destacaba simpático en una de las pintorescas montañas que me vieron nacer. El inquebrantable celo con que uno de los más ilustres Mercenarios de la Capital de la República se complacía en la terrífica tarea de acompañar al patíbulo á los criminales sentenciados por la justicia humana, que se contaban por docenas y sobrepujaban al centenar. Todo esto que mis ojos vieron se me representa á lo vivo en este fausto aniversario; y las escenas que no presencié, pero que la historia con su mágica antorcha reproduce á mi vista, me recrean como una serie de cuadros animados, y me llenan de piadoso entusiasmo. Desde Fray Bartolomé de Olmedo acompañando á Cortés á la conquista de México, hasta Pedro Nolasco siguiendo á Don Jaime el Conquistador al cerco de Valencia, unos tras otros desfilan ante mí esos héroes religiosos, arrastrando el carro triunfal de la Virgen de las Mercedes, su patrona y fundadora, á quien somos deudores de cuantos beneficios nos hicieron sus hijos.

¡Oh Madre de misericordia! Si de tí me olvidare, pierda mi brazo la fuerza para sostener el pastoral cayado, y adhiérase al paladar mi lengua si no pregonare tus loores. Hoy vengo á recordar tu *descenso* á aquella tierra privilegiada de Cataluña; tu triple aparición á los esclarecidos varones que recogieron de tus divinos labios tus

soberanos mandatos; la fundación por tí dispuesta de un nuevo orden religioso y militar para la redención de los cautivos; las hazañas que éste llevara á cabo bajo tu amparo y protección. Ayúdame, oh Virgen en una empresa que á tus glorias atañe, y no desoigas al pueblo que te invoca.

AVE MARÍA.

I
Para castigo de nuestros pecados y para los altísimos, pero inescrutables designios de la Providencia, el Señor ha permitido en el mundo el vencimiento de sus pueblos predilectos, la destrucción de sus templos y hogares, el cautiverio de sus hijos. Las amenazas y lamentos, los consuelos y las tristes predicciones de que están llenas las profecías y los Trenos de Jeremías, no son aplicables únicamente al pueblo judío. La cautividad larguísima de Babilonia, no pocos puntos de contacto tiene con la dominación ocho veces secular de los Sarracenos en España; y una y otra guardan apenas comparación con la caída del Imperio Griego y del Reino latino de Jerusalén, bajo el yugo del Mahometano, que aún no les es dado sacudir.

Mayor
Pero aunque el Señor castigue y aflija, no aniquila jamás; y aun en medio de las más terribles aflicciones envía consoladores á sus hijos, y suscita entre ellos heroicos varones capaces no sólo de libertarlos, sino de conducirlos á la victoria. ¡Dichoso el pueblo que arrepintiéndose de sus culpas, quita así la causa de los castigos celestes, y se aprovecha de los auxilios que el Señor se digna mandarle, para romper sus pesadas cadenas! No supo hacerlo Constantinopla, no ha sabido hacerlo Jerusalén. España sí se rehizo en un instante del atur-

dimiento que le causó su derrota; y asiéndose de las tablas que, como al acaso, le mandaba una tras otra la Providencia, se salvó por fin del naufragio, aunque no sin graves pérdidas y después de mucho sufrir.

La Virgen sacrosanta, que en sus primeras luchas con el paganismo la había ayudado eficazmente, no podía menos que socorrerla en sus horas de angustia. La que en las riberas del Ebro había venido á posarse sobre el milagroso pilar, calmando el momentáneo desaliento del Apóstol Santiago, se dignó después varias veces bajar de los cielos para animar á su pueblo en la guerra contra el Mahometismo, y más tarde en sus avances contra el paganismo de América. Allí están para atestiguarlo los riscos de Montserrat y las tres Guadalupe, de Extremadura, de Bolivia y de México. No menos maravillosa es la aparición, que la Iglesia llama *descenso*, de Nuestra Señora de las Mercedes; y presenta caracteres tan especiales, que apenas puede comparársele á aquella con que fueron agraciados el Papa Liberio y los nobles esposos fundadores de la Basílica de Santa María la Mayor.

El Señor, que se complace en *elegir á los débiles para confundir á los fuertes*, favorece más á menudo con la visión de su Santísima Madre, á los pobres según el mundo; á pastorillos, aldeanos, campesinos rudos é iliteratos: y aunque pudiera desde luego manifestar hasta la evidencia su poder taumaturgo, deja abierto un resquicio por donde penetre la duda, y se aquilate la fe del cristiano. No así en el descenso de nuestra Señora de las Mercedes. No se apareció, como en Lourdes, á una sola inocente criatura, ni como en la Salette á dos ni-

ños, que podían ser víctimas de una ilusión mutuamente comunicada. Visitó, y en la misma noche, á tres personajes separadamente, y de suerte que ninguno pudiera sospechar que era un mero fantasma. Diverso era el estado de vida de cada uno, diversa su profesión, carrera y categoría; si bien á los tres abonaba su jerarquía elevadísima, y eran ya todos célebres, quién por las armas, quién por las letras, quién por la santidad. Antes de hablar de las órdenes que recibieron de la soberana Señora y del modo con que las ejecutaron, asegurando al mundo, y de una manera permanente, la protección de nuestra Señora de las Mercedes, veamos quiénes eran los tres personajes agraciados, y repasemos en breves palabras su historia.

El uno era nada menos que Don Jaime Primero, Rey de Aragón, apellidado con justicia *el Conquistador*. Hijo del famoso Don Pedro, el que combatió con tanta gloria en las Navas de Tolosa, circunstancias extraordinarias, que rayan en maravillosas, precedieron y siguieron á su nacimiento. Á los dos años fué entregado por su padre á Simón de Monfort, que poco después había de vencerlo en la sangrienta jornada de Muret, en que perdió Don Pedro la vida.

En los ejércitos del vencedor, militaba rico caballero del Languedoc, apellidado Pedro Nolasco, quien al arrojarse del soldado, unía la mansedumbre del cenobita, que cultivaba las letras con el mismo ardor con que manejaba la espada, y que en vez de enriquecerse con el botín de guerra, se deleitaba en hacer abundantes limosnas con su propia copiosísima hacienda. Á este docto señor fué confiado el rey niño, á quien acompañó en calidad de